



Braulio Henao.

El Padre acudió sin tardanza a la cabecera del querido moribundo, y tuvo tiempo bastante para encomendar por última vez a la benignidad del Creador aquella alma que se iba.....

El reloj señalaba las 5 y 35 minutos de la mañana cuando terminó la agonía.

“El ilustre pensador expiró en imponente y sosegada calma.”

E. GÓMEZ BARRIENTOS.

BRAULIO HENAO

Conocí en Sonsón, siendo yo muy niño, un personaje que me interesaba de un modo especial: era de modales cultos; de conversación amena y chispeante; muy afectuoso con los rapaces del pueblo que, con curiosidad, nos acercábamos al corro donde él departía con sus amigos, y, lo que más me llamaba la atención, hasta los más ancianos le trataban con respeto. Su estatura era mediana, de complexión recia y varonil; vestía un largo sobretodo de bayetón azul; acostumbraba afeitarse completamente el rostro, y peinaba los plateados cabellos de las sienes hacia delante, tál como yo había observado en los retratos de muchos próceres de nuestra Independencia.

Era el General Braulio Henao.

Más tarde, siendo ya adulto, con resabios de estudioso y no pocos humos de patriota, traté personalmente a aquel anciano que, de niño, me impresionaba, y me persuadí que era, nada menos, que un grande hombre: Me fijaba en su aire altivo y marcial, y comprendía que merecía una estatua;

contemplaba su rostro severo y de enérgica configuración, y me parecía que miraba el de un busto antiguo modelado en bronce. Entonces supe que el General Henao era un patriota de temperamento romano; un distinguido militar, valeroso hasta el heroísmo, sagaz, afortunado, de relevantes dotes estratégicas; un distinguido caballero cristiano, punzonoso y honrado a carta cabal.

Mucho le oí hablar de sus campañas. Trataba de ellas con inimitable modestia; con naturalidad y entusiasmo. Hoy evoco mis recuerdos de viejos días, para escribir estos cortos rasgos biográficos, como homenaje a su recuerdo.

Nació Braulio Henao en el pintoresco vallecito de *La Leona*, a corta distancia y al Sur del Retiro, el 26 de Marzo de 1802, y entró a servir en el Ejército republicano el 11 de Noviembre de 1819. Los resplandores de *Boyacá* iluminaban nuestra atmósfera que se estremecía tempestuosa con el aliento de Bolívar. Ese aire saturado así de un patriotismo excitante y caluroso, enardeció el ánimo de Henao, quien, a las órdenes del Coronel José María Córdoba, se estrenó como defensor de la Libertad en la acción de *Chorros-Blancos*, librada el 12 de Febrero de 1820. Este campo, situado en la parte septentrional del Departamento de Antioquia, no lejos de Yarumal, presencié ese día el duelo, corto y formidable, de los soldados de la República y los del Rey; la bandera de éstos fue arrastrada por el suelo mientras el pabellón tricolor era saludado por las dianas de la victoria y levantado muy alto por el futuro vencedor en *Ayacucho*.

En ese mismo año y los siguientes hizo parte Henao del Ejército que, a órdenes de Padilla y Montilla, libertó las Provincias de la Costa Atlántica, y, por tanto, se halló en *La Ciénaga* y en la toma de *Cartagena* llevada a cabo por el segundo

de dichos Generales. Estuvo después largo tiempo de guarnición en varias plazas de Panamá, pues la guerra contra los peninsulares estaba concluída. En 1828 fue licenciado, y con el grado de Teniente volvió al seno de su familia que se había establecido desde años antes en Sonsón.

Aquí termina la primera parte de la vida militar de Henao: soldado de la Guerra Magna, ciñó a sus sienes el laurel inmaculado de los libertadores, y ostentó en su limpio uniforme el escudo con que la República honró a los bravos del Ejército que redimió la Costa. En adelante, el valiente luchador de *Chorros-Blancos* y del *Arsenal de Cartagena* pondrá su espada al servicio de uno de los jirones del iris colombiano, desgarrado, que servirá de enseña a nuestros bandos políticos; si bien es verdad que en una ocasión esgrimirá su acero—templado en el libre y caudaloso Magdalena—en defensa de la Libertad amenazada por la dictadura.

En las luchas civiles se desdobra el temperamento bélico de Henao; se hace caudillo de una causa y llega a figurar entre los primeros militares de este suelo atormentado largos años por el huracán de las revoluciones.

Mas no espere el que leyere estas líneas, que el carácter noble y leal de aquel hijo de Marte, se rebaje; que su patriotismo mengüe; que su corazón dé cabida al egoísmo y la ambición. Será firme y conservará muy alto su honor de caballero y ciudadano. Desde muy joven soñó con un grande ideal, y a él rindió constante y fervoroso culto hasta su vejez; por él luchó con denuedo y con él ha pasado a la inmortalidad.

Hizo parte el Teniente Henao de aquel grupo audaz de montañeses reclutas que, hipnotizados por el "héroe de Ayacucho", se batieron con 800 veteranos en el *Santuario* el 17 de Octubre de 1829. La

derrota y la muerte fueron los gajes con que la fortuna—voluble y cruel—gratificó al más valiente y gallardo de los héroes colombianos. Cuanto al valor de Henao en aquella inconsiderada refriega, baste saber que se ha vuelto legendario; los soldados hablan de él, admirados, casi incrédulos, en los cuerpos de guardia; la Historia lo ha recogido en sus páginas de oro. Desde este hecho de armas se le concedió el grado de Capitán.

En la sangrienta guerra que en 1840 se le hizo al Gobierno presidido por el Dr. Márquez, tomó el Capitán Henao seria participación. En el hecho de armas ocurrido en *Itagüí* el 2 de Febrero de 1841, se portó con valor inaudito y fue ascendido por su Jefe, General Eusebio Borrero, a Sargento Mayor. El 5 de Mayo del mismo año libró, como Jefe de operaciones, contra los Jefes revolucionarios Vezga y Galindo, el renombrado combate de *Salamina* en el cual quedó vencedor. Episodio histórico singular es el haberse presentado en esta ocasión, a caballo y armada de lanza, una noble dama sonsonense a combatir a las órdenes de Henao. Esta amazona se llamaba María Martínez. Se sabe que se proponía vengar de esa manera ciertos ultrajes hechos a su esposo, D. Pedro Niser. El Gobierno recompensó al vencedor en *Salamina* con el grado de Teniente-Coronel.

En la revolución con que, en 1851, se pretendió derribar el Gobierno del General López, el Coronel Henao no tomó parte muy activa, lo que le ocasionó muchas molestias, insultos, calumnias....

Cuando en 1854 se vio amenazada la majestad de la República por la Dictadura militar del General Melo, Antioquia se levantó en armas, y el Coronel Henao marchó hacia la Capital a la cabeza de un batallón, llamado *Salamina*, a luchar en

pro de la legitimidad. El 22 de Noviembre del mencionado año, en el *Puente de Bosa*, hubo un re- cío encuentro en que el batallón antioqueño fue el vencedor, y su Jefe, que peleó con su acostumbrado valor, recibió dos graves heridas. Allí combatieron a sus órdenes, como soldados, los dos Generales de Colombia la Grande, José María Ortega y Francisco de Paula Vélez. En esa reñida pelea, que probablemente salvó la República, Henao se cubrió de gloria y su fama se extendió por todos los ámbitos de la Patria. Debo consignar aquí, porque lo reclama la justicia histórica, que ni el triunfo, ni los honores, ni la popularidad, hicieron marchitar en aquel héroe la virtud delicada de la modestia, virtud que fue el fondo luminoso de su gran-carácter.

Al empezar la desastrosa y larga guerra de 1860, Henao fue ascendido a General por el Gobierno del Estado de Antioquia, y, en su calidad de tal, disciplinó tropas, dio batallas, sufrió reveses, alcanzó célebres victorias, todo en defensa de sus ideales políticos. Por su comportamiento en esta guerra fue acremente calumniado, como para comprobar el dicho de Pope: "Las mejores frutas son las que han picado los pájaros, y los hombres más honrados, los que destroza la calumnia." De sus crudas campañas en esta lucha de hermanos, no trataré, porque ya que hoy todos piensan seriamente en cambiar de rumbo y decir adiós a las revueltas fratricidas, no seré yo quien vaya a remover recuerdos y a lastimar llagas, cuando reconozco que nuestras contiendas nos han hecho descender, y mucho, en la escala de los pueblos civilizados.

Por el mismo motivo, callaré lo relativo al papel que desempeñó el General Henao en los trastornos políticos de 1867, 1876 y 1885. El 28 de

Enero de 1888, el Gobierno Nacional le confirió el grado de General de la República.

El 14 de Septiembre de 1902, en Sonsón—que fue su patria adoptiva—dejó de palpar aquel gran corazón, que heló la Muerte a la edad de más de cien años.

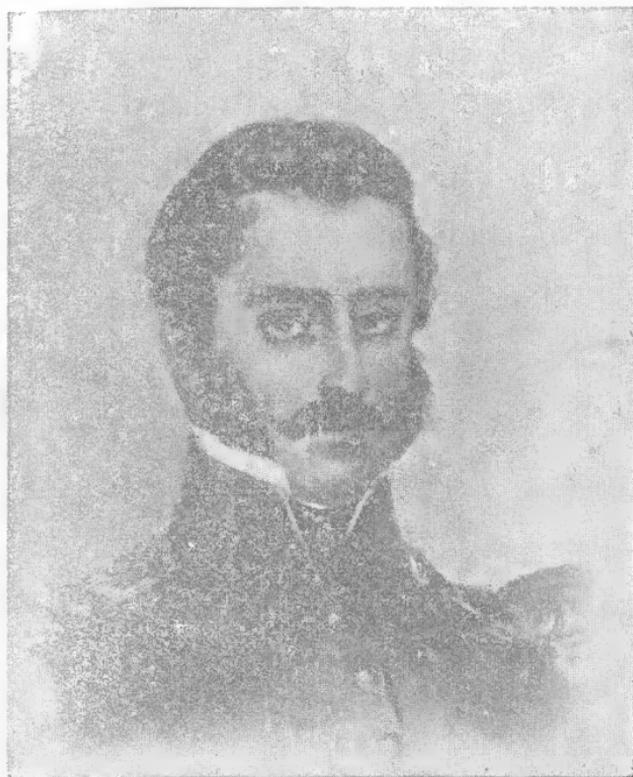
Para terminar, consagraré siquiera una pluma, a la vida privada del General Henao. Como cristiano, fue un fervoroso creyente; como hombre de hogar, un gran trabajador, afectuoso y desprendido; a pesar de su vida de cuartel; odió siempre el juego y jamás acostumbró el licor; era incansable en la lectura con la que logró un inmenso acervo de conocimientos que hacían muy agradable su conversación.

Ciertas expresiones suyas se han hecho célebres, pues la Naturaleza le dotó de cierta elocuencia concisa y persuasiva, a veces ruda y terrible, en ocasiones con sus ribetes de erudición. Citaré algunas :

Cuando iba a empezarse el combate de *Salamina*, uno de sus subalternos se dirigió a él y le dijo : “Comandante, en caso de derrota, ¿dónde es el punto de reunión?” El General le dirigió una mirada de fuego y le gritó : “En los infiernos!”

En Bosa recibió orden terminante del General López de abandonar el puente y retirarse. A la intimación del Ayudante, contestó Henao : “Dígame Ud. al General en Jefe que el Batallón *Salamina* no sabe retirarse.” Desobedeció la orden, se sometió a todo y ganó la batalla.

Se trataba de un pronunciamiento, a estilo antioqueño : no había sino entusiasmo; se carecía de armas, pertrechos y algo más. Como estuviesen en una reunión y a ella hubiesen invitado al General, éste tomó la palabra y les dijo, parodiando al gran orador romano : “Tres cosas son necesarias para



Liborio Mejía.

hacer la guerra: la primera, dinero; la segunda, dinero; la tercera, dinero."

Estas anécdotas pintan las ideas y el carácter del bravo General Antioqueño mejor que largas disertaciones.

Este es el personaje que tanto me interesó, siendo yo niño; que bien supe admirar y respetar años más tarde. Hoy le venero y me descubro reverente ante su memoria.

Medellín, 1913.

JOAQUÍN ANTONIO URIBE.

LIBORIO MEJÍA

Tiene la gallarda figura de Liborio Mejía esa aureola vaga y sugestiva que acompaña a los que sintetizan la solemnidad de un momento histórico, y cuyos rostros aparecen ante la muerte contraídos por el gesto amargo del vencimiento. Ante esos hombres a quienes falta para imponerse el argumento decisivo de la victoria, pasan las generaciones con respetuoso desvío, y ellos que no tuvieron al despedirse de la vida la visión radiante de la ambición que ya se cumple, ni oyeron las dianas clamorosas del triunfo, van esfumando lentamente los contornos de sus personalidades en las sombras injustas pero muchas veces inevitables que acumula la general indiferencia. Y es deber imperioso y labor gratísima para quienes han tenido oportunidad de medir hasta donde alcanza la grandeza de esos hombres, intentar que los contemporáneos rindan culto al héroe que tiene ya el pedestal de su estatua tallado por sus propias manos en el filón riquísimo de los anales patrios, y que sólo necesita que la mano justiciera de sus conciudadanos quiera descorrer el velo que la cubre para que el sol ponga en su frente un rayo inconfundible de piedad y de gloria.